

EN TORNO A LA INAUGURACIÓN DE UN PROGRAMA
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
EN LA UNIVERSIDAD DE CHILE

por Grinor Rojo
Department of Spanish and Portuguese
University of California at Long Beach

Me han pedido que me refiera en esta oportunidad a la inauguración de un Programa de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Chile, y que lo vea desde la óptica de quien ha desarrollado por lo menos la mitad de su carrera profesional en universidades de Estados Unidos. Puedo, o siento que puedo, responder a esta solicitud de mis colegas de diversas maneras pero elegiré de entre ellas una que en las circunstancias históricas que estamos viviendo me parece especialmente apropiada. Trataré de hablar del interés académico de Estados Unidos hacia América Latina en lo que va corrido de este siglo habida cuenta del carácter que a lo largo de unas cuantas etapas bastante precisas han adoptado las relaciones entre ese país y los nuestros. Para terminar, intentaré cubrir, hasta donde la modestia de mi información me lo permite, unos pocos aspectos de la situación actual.

Como bien sabemos, el comienzo de este relato se debe situar en los últimos años del siglo XIX, cuando la doctrina Monroe, que formulara el presidente del mismo nombre en 1823, alcanza su primer momento de eficacia rotunda. En el marco de la creación del sistema panamericano, en 1889, cuyos fines últimos Martí percibió y combatió tenazmente, los Estados Unidos ponen en marcha la primera etapa en la historia de nuestra convivencia moderna: los sucesos de Cuba y Puerto Rico, en 1898, y los de Panamá, en 1903, son hitos que definen la nueva coyuntura. En particular, Theodore Roosevelt será el presidente que desarrolle, a partir de su corolario a la doctrina Monroe de 1904, una política en la que Darío reconoció de inmediato el ojo preciso de un "riflero terrible". Esa política exterior rooseveltiana, llamada del "big stick" o "gran garrote", será la que oriente las relaciones interamericanas durante los primeros treinta años del siglo XX. El peor entre sus logros lo constituyen una decena de intervenciones militares, desembarcos de *marines* que tienen lugar en Cuba, Puerto Rico, Panamá, México, Nicaragua, República Dominicana y Haití, y cuyo legado a corto o mediano plazo es el entronizamiento de algunas de las dictaduras de más siniestro trámite que conoce nuestra historia republicana y acerca de las cuales Neruda se manifestó con furiosa elocuencia en los poemas del *Canto General*. Por parte del gobierno de Estados Unidos, el objetivo era claro: asegurar el flujo inobstruido de materias primas y alimentos hacia allá y de bienes manufacturados hacia acá en una época en la que el reparto asimétrico de funciones entre países subdesarrollados y países desarrollados

se estaba convirtiendo en la norma de la división internacional del trabajo. El resultado de todo esto es que América Latina les interesó, durante esa época, a los académicos estadounidenses –y si es que les interesó de alguna manera–, sólo en la medida de las necesidades de conocimiento que entre ellos generaba nuestra poco airosa inserción en el diseño expansionista de su propio país.

Esta situación se mantiene como he dicho a lo largo de más de treinta años. Cambia al fin, por lo menos parcialmente, en 1934, con la llegada a la presidencia norteamericana del otro Roosevelt, Franklin Delano. Este será quien ponga en práctica una política distinta, la Good Neighbor Policy, con la que se sustituyen los desembarcos de *marines* por la gaseosa verba de los plenipotenciarios, y en la que las relaciones entre ellos y nosotros iban a basarse hasta el término de la segunda guerra mundial. Franklin Delano Roosevelt y sus asesores entendieron dos cosas. Por una parte, que América Latina no era sólo un depósito de recursos naturales más o menos disponibles para el crecimiento exitoso de su propia economía, sino una realidad compleja, de múltiples aristas, todas las cuales debían ser tenidas en consideración si lo que estaba en juego era el diseño de una política exterior efectiva. Por otro lado, comprendieron también que los métodos que los diferentes gobiernos de Estados Unidos emplearan hasta entonces para arreglárselas con la parte sur del hemisferio había perdido validez en el marco histórico que articulaban primero las consecuencias de la gran depresión y luego la segunda guerra mundial.

En el mundo universitario estadounidense, los efectos de la política del “buen vecino” fueron saludables ciertamente. Circunscribiéndome al ámbito de mi especialidad, me limito a anotar aquí tres ejemplos. El primero, que nos atañe de cerca, es el de Gabriela Mistral. Gabriela, que había criticado acerbamente la participación negativa de Estados Unidos en la rebelión nicaragüense de Augusto César Sandino, en 1928, en 1931 y en 1934, en el contexto de la Good Neighbor Policy no tendrá inconveniente para integrarse en la vida intelectual de sus criticados de otrora. A principios de 1939 intenta establecer residencia en la Florida y pocos meses después la encontramos pronunciando su conferencia “Geografía humana de Chile” en la Unión Panamericana de Washington. En segundo lugar, debemos mencionar a un legendario grupo de profesores de la Universidad de California, en Berkeley, durante los años treinta y hasta comienzos de los cuarenta, entre ellos un chileno, Arturo Torres Riosco, cuyas enseñanzas y ejemplo fueron determinantes en el desempeño posterior de dos o tres generaciones de talentosos discípulos. Por último, cabe recordar también que es entre noviembre de 1940 y marzo de 1941, cuando el período al que me estoy refiriendo tocaba a su fin, cuando Pedro Henríquez Ureña se transforma en el primer latinoamericano invitado a pronunciar en la Universidad de Harvard las prestigiosas “Charles Eliot Norton Lectures”, las mismas que darían origen a uno de los libros clásicos de nuestra cultura. Me refiero a *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, que aparece primero en inglés, como *Literary Currents in Hispanic America*, en 1945.

El período que sigue a la segunda guerra mundial revierte las tendencias ilustradas de la etapa anterior. Personalmente, lo considero un período de oscurecimiento de la presencia latinoamericana en el campo visual de la inteligencia estadounidense. Los comienzos de la guerra fría, de un lado, y un nuevo salto cualitativo en el desarrollo de la economía de ese país, del otro, salto éste que tipifica sobre todo la gestión de las transnacionales, determinan que la histeria anticomunista unida al economicismo más burdo dominen durante la segunda mitad de los años cuarenta y en los cincuenta lo mismo el tejido de las relaciones interamericanas que el trabajo de los especialistas.

Entre tanto, en la parte sur del hemisferio la crisis económica y política se ahonda. Resultando de esa crisis la revolución cubana, en 1959, que obliga a Estados Unidos a revisar posiciones. Estamos ya en los comienzos de la década del sesenta, cuando la estrechez de la política latinoamericana de Truman y Eisenhower es reemplazada por las grandes ambiciones de la Alliance for Progress, programa este último propuesto por la administración del presidente John Kennedy y que, aunque discutible en más de un aspecto, será sin embargo la iniciativa más lúcida que los Estados Unidos desplieguen con respecto a los países de esta zona del mundo hasta fines de los años ochenta. Aun cuando lo mejor de sus propósitos muere con la muerte de Kennedy, el espíritu de cambio que había animado el lanzamiento de la Alianza sobrevive en el trabajo de muchos latinoamericanistas estadounidenses de los años sesenta, setenta y ochenta, economistas, sociólogos, politólogos y críticos culturales, y cuyas contribuciones constituyen hasta hoy paraderos claves en las bibliografías respectivas. Cualquier lista de nombres sería arbitraria e injusta, y voy a abstenerme por ello de confeccionarla. Baste decir que por primera vez masivamente nuestros colegas del norte enarbolan durante esta época criterios que no siempre coinciden con los puntos de vista oficiales. Mientras que la Alianza para el Progreso se desdibuja con la llegada de Lyndon Johnson al poder, y al mismo tiempo que el golpe de estado de 1964 en el Brasil desata la ola represiva que iba a marcar ominosamente la existencia de mi generación (“...somos una generación de sobrevivientes”, le oí decir a José Emilio Pacheco hace unos años), en Estados Unidos los mejores expertos en América Latina emprenden investigaciones acerca de nuestra historia, nuestra economía y nuestra política, las que a la vez que avanzan el conocimiento de las realidades pertinentes se comprometen como nunca antes lo hicieran en la defensa de los derechos humanos puestos en fuga por los nuevos centuriones. Nada tiene pues de extraño que los primeros programas del tipo del que hoy les presentamos surjan en las universidades norteamericanas dentro de este contexto, programas algunos de ellos de fama casi mítica, como el de Texas, en historia, arte y literatura, o el de Wisconsin, en el que se indagó sobre el ámbito rural de nuestros países con el fin de apoyar, gracias al conocimiento así obtenido y con los recursos técnicos que son indispensables, proyectos de reforma agraria respecto de cuya conveniencia a nadie parecía caberle por ese entonces duda alguna.

De principios de los años setenta es la fundación de la Latin American Studies Association (LASA), una organización que agrupa a individuos provenientes de disciplinas muy distintas pero igualados todos ellos en la pasión por América Latina y en el deseo de contribuir al logro de una vida mejor y más digna para sus habitantes. En los congresos de LASA, que se realizan cada dieciocho meses, he escuchado yo algunos de los análisis más certeros y flexibles que conozco sobre los problemas del subcontinente. Dada la heterogeneidad que caracteriza la existencia de nuestras sociedades, el desdén por los cortes disciplinarios estrictos se ha convertido en tales eventos en una suerte de premisa epistémica. Por eso, a aquellos de nosotros que vivimos y enseñamos en Estados Unidos nos resulta más provechoso asistir a las reuniones de LASA que estar presentes en los rituales académicos que se relacionan con nuestras disciplinas particulares, literatura, ciencias políticas, historia, sociología, etc.

Termino esta breve intervención con un diagnóstico y un juicio.

El diagnóstico: creo que el estado actual de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina se halla determinado por una idea que se puso sobre la mesa en los últimos dos años de la administración de George Bush y que Bill Clinton ha hecho realidad con la tremenda energía que caracteriza a sus decisiones cuando éstas no se topan con algún obstáculo en la mitad del camino. Me refiero al establecimiento de una zona de libre comercio en las Américas y cuyo primer paso ha sido la creación del North American Free Trade Agreement (NAFTA), que incluye a Estados Unidos, Canadá y México. Se dice que Chile será el próximo país invitado a esta fiesta y que luego vendrán los demás. Después de lo dicho, se entiende que no hay en esto nada nuevo. Evidentemente, estamos asistiendo en nuestros días a un cuarto reajuste en la historia moderna de las relaciones interamericanas, reajuste que entre otras cosas –entre otras muchas cosas, a decir verdad– pone una lápida definitiva sobre la tumba debajo de la cual yace el viejo sueño de los años treinta y cuarenta de desarrollar en estos territorios un capitalismo nacional. Ese sueño, que fue el de Cárdenas y el de Aguirre Cerda, el de Perón y el de Raúl Prebisch, y del que empezamos a despertar sin muchas ganas a principios de la década del cincuenta, después del acuerdo NAFTA no tiene ya un lugar donde pararse. Los tiempos son otros, de globalización, de aldeas planetarias, de supercarreteras de la información y de realidades virtuales, proyectado todo ello por tecnócratas y máquinas que se piensan a sí mismos dignos de nuestro respeto, confianza y asombro. Como quiera que sea y sin mezquinarles a esos alegres viajeros por las supercarreteras de la moda el afecto que ellos estiman que merecen, yo me temo que el precio de este último intento de “globalizarnos” es, una vez más, el olvido de la diferencia. Independientemente de cuáles sean los orígenes teóricos de esta inquietud por la “diferencia”, por “lo otro” que existe en “nosotros” (y podría extenderme sobre el tema bastante: a lo peor se trata sólo de una moda que se opone a la moda anterior), creo que su defensa es deseable aunque con algunas precisiones que luego diré.

Es cierto que la academia norteamericana no es hoy la misma de los años cincuenta, y que el pensar independiente que se inauguró en tiempos de Kennedy todavía perdura en determinados sectores. El viejo fuego no se ha extinguido por completo y los programas de estudios latinoamericanos sobreviven en las universidades estadounidenses si bien con dificultades financieras y administrativas a veces penosas. Porque lo que sí parece haber ocurrido en estos últimos años en Estados Unidos es un desplazamiento del punto de mira. El interés académico hacia América Latina parece haberse trasladado hoy a las escuelas de negocios de ciertas universidades privadas, a Chicago, a Harvard, a Stanford, donde la presunta universalidad de la ciencia económica aspira a indicarnos lo que debemos hacer y cómo lo debemos hacer si es que queremos parecernos a esos espléndidos dechados de virtudes que son las naciones exitosas del Asia. Recientes graduados de esos centros del saber plutocrático, los que de quedarse en Estados Unidos habrían tenido que comenzar su carrera en algún puesto de subjefe de subsección dentro de los copiosos escalafones de una transnacional, regresan a nuestros países a dirigir empresas, bancos y ministerios. Están en todas partes: en México y en Santiago, en Lima y en Buenos Aires. Ellos son en los tiempos que corren los detentores de la verdad acerca del subcontinente. Son los nuevos chamanes.

¿Cuál es entonces la función que puede cumplir un Programa Graduado de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Chile cuando nos encontramos a punto de despedir tanto el siglo XX como el segundo milenio de la era cristiana? He aquí la respuesta que en mí suscita esta pregunta. Pienso yo que a nosotros más que a nadie nos corresponde proteger el conocimiento de nosotros mismos que en el circuito académico estadounidense parece hallarse en peligro. Sin oponernos necesariamente a la ola economicista y tecnocrática que baña hoy nuestros países, la que por lo demás resulta imparable y de la que con suerte podría salir algo bueno, un programa de estudios latinoamericanos en la Universidad de Chile tiene el deber de hacerse cargo de aquello que los planes oficiales están dejando afuera. En otras palabras, abrigo la esperanza de que nuestra principal misión en esta aventura cognoscitiva y pedagógica sea la de constituirnos en salvaguardia de *todo aquello que no nos hace ser globales* o, lo que es lo mismo, de todo aquello que peculiariza a nuestra historia y a nuestro presente. Esto, que podría parecer una paradoja, no lo es. A la Universidad como institución, y sobre todo a esta Universidad de Chile, de la que Bello dijo que no debía confundir “las aplicaciones prácticas con las manipulaciones del empirismo ciego”, le ha correspondido desde siempre ocuparse del saber que es indispensable para la salud espiritual de la nación pero que por las razones que fueren las potestades económicas y políticas de turno prefieren desdeñar. La Universidad, que mira más lejos y más alto, contrapesa esa falencia. Si en un sentido ella vive para lo contingente y efímero, produciendo los expertos que el país necesita para cumplir con sus metas de erradicación de la pobreza, en otro sentido su obra excede a las limitaciones de la actividad de corto plazo. Mi impresión es que

este Programa nace muy consciente de este doble filo del quehacer académico.

Desconfío de esencialismos, sin embargo. Nada más lejos de mi ánimo que abogar aquí por la búsqueda, *por una nueva búsqueda*, de la identidad latinoamericana perdida, la que indefectiblemente acabaría transformándose en una nueva camisa de fuerza. Ni ontológico ni étnico ni económico ni político ni psicológico, a mí me parece que lo peculiar latinoamericano consiste más bien en un estarnos haciendo y rehaciendo todo el tiempo, en un inventarnos y en un reinventarnos, en un leernos y en un releernos. En el curso de estas lecturas y relecturas de lo que hemos sido y lo que somos, como significantes siempre en marcha y desprovistos por lo tanto de un significado definitivo (aunque no por eso menos nostálgicos de las humanas utopías de La Significación), reside a mi entender la posibilidad de triunfo de una tarea como la que hoy comenzamos. Que no nos encasillen entonces, que no nos definan. Ni como “lo uno” ni como “lo otro”. Porque nuestra historia no tiene fondo y nuestro presente tampoco.